



XII

El acueducto



DOCE horas después, no quedaba de Mercenarios más que un montón de heridos, muertos y agonizantes.

Hamilcar, saliendo bruscamente del fondo de la cañada, había bajado por la pendiente occidental que mira á Hippozaryta, y como allí había mucho campo libre, cuidó de atraer allí á los bárbaros.

Narr'Havas les había envuelto con sus jinetes; el suffeta les rechazaba y aplastaba; además, estaban vencidos por adelantado por la pérdida del zaimph. Hamilcar cuidándose poco de dormir en el campo de ba-

talla, se retiró algo más lejos á la izquierda, hacia unas alturas de donde les dominaba.

Montones de cadáveres ocupaban de alto á bajo la montaña entera.

Los supervivientes estaban tan inmóviles, como los muertos. Acurrucados en grupos desiguales se miraban atortolados sin hablar.

El lago de Hippozaryta resplandecía á los rayos del sol poniente. A la derecha, blancas casas aglomeradas se elevaban sobre su cinturón de murallas. Después, el mar se extendía indefinidamente; y apoyando la barba en sus manos, los bárbaros suspiraban pensando en sus patrias.

Sopló el viento de la noche; entonces, todos los pechos se dilataron.

En la cima de altos peñascos, los cuervos permanecían inmóviles mirando á los agonizantes.

Cuando cerró la noche, perros de pelaje amarillo, animales inmundos que siguen los ejércitos se presentaron en el campamento de los bárbaros. Primero, lamieron los coágulos de sangre de los muñones aun tibios y después empezaron á devorar los cadáveres comenzando por el vientre.

Los fugitivos comparecían uno tras otro como sombras; las mujeres también se atrevieron á volver, pues quedaban algunas, á pesar de la espantosa carnicería consumada por los nómadas.

Algunos cogieron trozos de cuerda que encendieron para que sirviesen de antorchas, otros sostenían lanzas entrecruzadas, sobre ellas ponían los cadáveres y los transportaban á un sitio lejano.

Estaban extendidos en largas líneas de espaldas, con la boca abierta y la lanza al lado, ó bien estaban amontonados de cualquier modo, y á veces, para descubrir á los que faltaban, era preciso descubrir todo un montón. Luego, se pasaban la antorcha sobre su rostro lentamente.

Aun cuando hubiesen muerto casi todos á un tiempo, había gran diferencia en la corrupción de los cuerpos; los hombres del Norte presentaban una hinchazón livida, mientras que los africanos más nerviosos, parecían curados al humo y se momificaban. Se reconocía á los Mercenarios por los tatuajes de sus manos: Los viejos soldados de Antioco tenían grabado un gavilán; los que habían servido en Egipto la cabeza de un mono. los príncipes de Asia, un hacha, una granada, un martillo, los de las repúblicas griegas, el diseño de una ciudadela ó el nombre de un arconte; y se veía alguno cuyos brazos estaban cubiertos enteramente de aquellos múltiples símbolos, que se confundían con sus cicatrices y con las heridas recientes.

Para los hombres de raza latina, samnitas, etruscos campanios y brucios se levantaron tres enormes piras.

Los griegos, con la punta de sus espadas, abrieron fosas; los espartanos envolvieron los cadáveres con sus mantos rojos; los atenienses les tendían de cara á oriente; los cántabros los ocultaban bajo un montón de guijarros; los nasamonos los doblaban por medio de correas, de modo que se tocaran cabeza y pies; los garamantos los sepultaron en la playa á fin de que fueran eternamente bañados por las olas.

Grandes alaridos resonaban de cuando en cuando; era para ver si volvían las almas. Luego el clamor se repetía á intervalos iguales obstinadamente.

La luz de las grandes piras hacía palidecer los rostros exangües; y las lágrimas excitaban las lágrimas, los sollozos eran cada vez más agudos y los abrazos á los muertos más frenéticos. Había mujeres que se echaban sobre los cadáveres, boca sobre boca, frente sobre frente y era preciso golpearlas para que se marcharan al ir á enterrar á los difuntos. Verdaderos rugidos se oían á pesar del ruido de los címbalos. Algunos arrancaban sus amuletos y escupían sobre ellos. Los moribundos se revolcaban entre

el fango sangriento, mordiéndole de rabia sus puños mutilados, y cuarenta y tres samnitas, todos fuertes y jóvenes, se degollaron unos á otros como gladiadores. Pronto faltó madera para las piras y se extinguieron las llamas. Cansados de tanto gritar, debilitados, vacilantes, durmiéronse por fin junto á sus hermanos, inquietos los que deseaban vivir, y otros anhelando no despertar jamás.

La blanca luz del alba iluminó el campamento de los bárbaros y algunos soldados desfilaron junto á él con los cascos apuntados en las picas; saludando á los mercenarios les preguntaban si les gustaría ver de nuevo á su patria. Otros se acercaron y los bárbaros reconocieron en ellos á varios de sus antiguos compañeros.

El sufeta había propuesto á todos los cautivos que sirvieran en sus filas. Algunos rehusaron intrépidamente y se les soltó ordenándoles no combatir más contra Cartago. En cuanto á aquellos á quienes el miedo de los suplicios hacia dóciles, se les distribuyó las armas del enemigo, y ahora se acercaban á los vencidos, no tanto para seducirlos como movidos de su orgullo y curiosidad.

Contaron los buenos tratamientos del sufeta; los bárbaros les escuchaban con muecas de desprecio. No pudiendo contenerse más, empezaron á coger guijarros, y todos los mercenarios pasados á las filas de Hamilcar, huyeron. Entonces, un dolor más profundo que la humillación de la derrota, aplanó á los bárbaros.

Pensaban en la inanidad de su valor. Permanecían con la mirada fija rechinando los dientes.

Se les ocurrió una idea: se precipitaron en tumulto sobre los prisioneros cartagineses. Los soldados del sufeta no se habían acordado de ellos, y permanecían aún en el foso profundo.

Se les alineó tendidos en el suelo. Varios centinelas formaron un círculo alrededor de ellos y se dejó entrar gru-

pos de treinta ó cuarenta mujeres. Queriendo aprovechar el poco tiempo que se les daba corrían de uno á otro inciertas, palpitantes; luego, inclinándose sobre aquellos pobres cuerpos, los golpeaban como las lavanderas golpean la ropa. Vociferando el nombre de sus esposos les desgarraban sus uñas y les reventaban los ojos con las agujas que llevaban en la cabellera. Los hombres entraron después, y les atormentaban cortándoles los pies por los tobillos y arrancando la piel de su frente y su cabeza que se ponían sobre la suya. Los comedores de cosas inmundas inventaron atrocidades. Envenenaban las heridas, vertiendo en ellas polvo, vinagre y trozos de vidrio; otros esperaban detrás de ellos; corría la sangre y todos se regocijaban como los vendimiadores alrededor de las cubas humeantes.

Entre tanto, Matho estaba sentado en el suelo en el mismo sitio en que estaba cuando la batalla terminó. Con los codos sobre las rodillas y las sienes en las manos, no oía, no veía ni pensaba.

Al oír los alaridos de la multitud levantó la cabeza. Ante él había un trozo de tela enganchado á un mástil y que arrastrando hasta el suelo, cubría confusamente cestas, alfombras, una piel de león. Reconoció su tienda, y sus ojos se fijaron en el suelo, como si la hija de Hamilcar al desaparecer hubiese sido tragada por la tierra. La tela desgarrada, agitábase á impulsos del viento; algunas veces, pasaba cerca de su rostro y vió en ella una mancha roja semejante á la huella de una mano. Era la de Narr'Havas, la señal de su alianza. Tomó un tizón que aún ardía y lo echó desdeñosamente entre los restos de su tienda; luego con la punta de su coturno empujaba hacia las llamas todo lo que escahaba á su acción á fin de que todo se consumiese.

De repente, sin que se pudiera adivinar de donde surgía, apareció Spendio.

El antiguo esclavo se había atado al muslo dos astillas

de lanza; cojeaba con aspecto lastimoso exhalando gemidos.

—¡Quitate eso!—le dijo Matho;—¡ya sé que eres un valientel

Estaba tan abrumado por la injusticia de los Dioses, que no tenía fuerzas para indignarse con los hombres.

Spendio le hizo una señal y le llevó hacia el hueco de una roca en que Zarxas y Autharito estaban ocultos.

Habían huido como el esclavo, aún cuando uno fuera muy cruel y otro muy valiente. Dijeron que era imposible explicarse lo que había ocurrido, la traición de Narr'Havas, el incendio del campamento, la pérdida del zaimph y el ataque impensado de Hamilcar.

Spendio no quería confesar su miedo y persistía en afirmar que tenía rota la pierna.

Los tres jefes y el schalischim preguntáronse lo que convenía hacer.

Hamilcar les cerraba el camino de Cartago; estaban como prisioneros entre sus soldados, y las provincias de Narr'Havas; las ciudades tirias se unirían á los vencedores; se les acorralaría hacia el mar, y allí se acabaría con ellos. No había medio de evitar la guerra, pues de lo contrario, estaban perdidos, pero ¿cómo hacer comprender la necesidad de una interminable batalla á todos aquellos hombres descorazonados y que aún sangraban por las heridas?

—Yo me encargo de ello,—dijo Spendio.

Dos horas después, un hombre que llegaba del lado de Hippozaryta subió corriendo la montaña.

Agitaba unas tablillas en la mano, y como gritaba muy fuerte, los bárbaros le rodearon.

Aquellas tablillas estaban escritas por los soldados griegos de Cerdeña; recomendaban á sus compañeros de Africa que vigilaran á Giscon y á los demás cautivos. Según decían se organizaba un complot para hacerlos evadir.

Aquella estratagema de Spendio no produjo el resultado apetecido. En vez de animar de un nuevo furor á los bárbaros, les hizo temer más tremendos desastres. Algunos, los más pusilánimes, se despojaron de sus corazas y arrinconaron las armas para enternecer al sufeta si se presentaba.

Al día siguiente, apareció un nuevo correo, cansado y cubierto de polvo. El griego le arrancó de las manos un rollo de papiro lleno de caracteres fenicios. Se suplicaba á los Mercenarios que no desmayaran porque los valientes tunecinos llegarían con grandes refuerzos.

Spendio leyó la carta tres veces, una tras otra, y haciéndose sostener por dos capadocios, iba de uno á otro extremo del campamento, y la volvía á leer.

Durante siete horas habló sin descanso. Recordaba á los mercenarios las promesas de Gran Consejo; á los africanos las crueldades de los intendentes, á los bárbaros en general, la injusticia de Cartago. La bondad del sufeta en una estratagema para dividirles. Los que se entregarían serían vendidos como esclavos; los vencidos morirían en la cruz. Enseñando el papiro desplegado:

—¡Mirad! ¡leed! ¡Ved aquí sus promesas! ¡No soy yo quien las hace!

Matho le observaba. Y á fin de disimular la cobardía del griego, hacía gala de una cólera que poco á poco le invadía de veras. Lanzó terribles maldiciones sobre los cartagineses. El suplicio de los cautivos era una crueldad inútil. ¿Por qué no matarlos y acabar de una vez?

Entonces, volvieron hacia los prisioneros. Algunos aun vivían; se les mató hundiéndoles el talón en la boca, ó bien traspasándoles con una jabalina.

Pensaron en Gicon. No se le vela por ninguna parte; una gran inquietud se apoderó de ellos. Querían á un tiempo convencerse de su muerte y ser autores de ella. Por fin tres pastores samnitas le descubrieron á quince pasos del sitio en que estuvo la tienda de Matho. Le reco-

nocieron por su larga barba, y llamaron á los demás. Tendido de espaldas, con los brazos pegados al cuerpo y las piernas juntas, parecía un muerto preparado para recibir sepultura. Sin embargo, su tórax se alzaba y deprimía por el movimiento respiratorio, y sus ojos abiertos miraban de una manera fija é intolerable.

Los bárbaros le miraron con asombro. Desde que vivía en el foso le habían casi olvidado. Pero dominados por antiguos recuerdos, se mantenían alejados y no se atrevían á levantar la mano contra él.

Los que estaban detrás murmuraban y empujaban, y de pronto un garamanto atravesó la multitud blandiendo una hoz. Todos comprendieron su idea, enrojeciéronse sus rostros, y gritaron:

— ¡Sí, sí!

El hombre de la hoz se acercó á Giscon; le cogió la cabeza, y apoyándola en su rodilla la aserraba con rápido movimiento; cayó; dos chorros de sangre hicieron un agujero en el polvo. Zarchas llegó junto al cadáver y más ligero que un leopardo corrió hacia los cartagineses.

Luego, cuando estuvo en mitad de la colina, sacó de su pecho la cabeza de Giscon, y cogiéndola por la barba, volteó rápidamente su brazo; la masa por fin lanzada, describió una larga parábola y deapareció detrás de la trinchera púnica.

Entonces cuatro heraldos, escogidos por la anchura de su pecho, provistos de grandes clarines y hablando por medio de bocinas de cobre, declararon que desde entonces, entre los cartagineses y los bárbaros, no habría ya ni fe ni piedad, ni Dioses, que rehusarían toda tentativa de parlamento, y que á los parlamentarios se les cortaría las manos.

Inmediatamente después Spendio, marchó á Hippozaryta á recoger víveres. La ciudad tiria se los envió aquella misma noche. Comieron ávidamente. Luego, cuando se hubieron recontado, recogieron el resto de sus bagajes y

sus armas rotas, las mujeres se apiñaron en el centro de la columna, y sin cuidarse de los heridos que llevaban al verse abandonados, con paso rápido anduvieron por la orilla, como una manada de lobos que se aleja.

Marchaban contra Hippozaryta decididos á tomarla, pues necesitaban apoyarse en una ciudad.

Hamilcar, al verlos á lo lejos, se desesperó á pesar del orgullo que se sentía al verlos huir. Comprendía que se les debía atacar en seguida con tropas de fresco. Con una nueva derrota se podía acabar con ellos; y en cambio, si la guerra continuaba volverían más fuertes; las ciudades tirias se unirían á ellos; su elocuencia por los vencidos no había servido para nada. Tomó la resolución de ser implacable.

La noche misma envió al Gran Consejo un dromedario cargado con los brazaletes recogidos en el campo de batalla, con la pena de grandes castigos, ordenaba que se le enviase otro ejército.

Los cartagineses le creían perdido hacía mucho tiempo, así es que al tener noticia de su victoria experimentaron un asombro que tocaba en los límites del terror. La vuelta del zaimph que anunciaba vagamente, acababa de sorprenderlos. No había duda, los Dioses y la fuerza de Cartago parecían pertenecerle.

Ninguno de sus enemigos se atrevió á quejarse ó á reprimir. Por el entusiasmo de unos, y por la pusilanimidad de los otros, antes del término prescrito, salió de Cartago un ejército de cinco mil hombres.

Se dirigió hacia Utica para apoyar al sufeta por retaguardia, mientras tres mil soldados de los mejores que quedaban se embarcaron en buques que debían llevarles á Hippozaryta á fin de rechazar á los bárbaros.

Hannon, había aceptado el mando, pero cedióle á su

*Salammbó*

teniente Magdassar á fin de dirigir personalmente las tropas de desembarco, pues no podía sufrir los vaivenes de la litera. Su enfermedad royéndole los labios y las narices, había abierto un ancho agujero en su rostro, de tal modo, que á diez pasos de distancia se veía el fondo de su garganta. Sabía que era tan asqueroso, que se tenía que tapar el rostro con un velo como una mujer.

Hippozayta, no escuchó sus mandatos ni los de los bárbaros, pero cada mañana los vecinos les bajaban víveres dentro de las cestas, y en voz alta desde las murallas se excusaban con el miedo que sentían á la República y les conjuraban á alejarse. Dirigían por signos las mismas protestas á los cartagineses que permanecían en el mar.

Hannon contentóse con bloquear el puerto, sin arriesgarse á un ataque. Sin embargo, persuadió á los jueces de la ciudad á que recibieran dentro de ella trescientos soldados. Luego se fué hacia el cabo de las Uvass, y dió un largo rodeo para envolver á los bárbaros, operación importuna y hasta peligrosa. Los celos le impedían socorrer al sufeta; detenía sus espías, malograba sus planes, comprometía la empresa. Hamílcar escribió al Gran Consejo que le depusiera; y Hannon volvió á Cartago furioso contra la locura de los Antiguos y la cobardía de su colega. Así, después de tantas esperanzas, la situación era cada vez más deplorable; pero todos procuraban no pensar en ella, ni hablar siquiera como si de aquel modo alejaran el peligro.

Como si todo se conjurara de una vez contra Cartago se supo que los mercenarios de Cerdeña habían crucificado á su general, apoderándose de las plazas fuertes, y degollado á todos los cananeos. El pueblo romano amenazó á la República con hostilidades inmediatas, y aceptó la alianza de los bárbaros, enviándoles buques cargados de harina y carne seca. Los cartagineses los persiguieron, y capturaron quinientos hombres, pero tres días después, una flota que traía víveres á Cartago naufragó á consecuen-

cia de una tempestad. Los Dioses evidentemente se declaraban contra ella. Entonces los ciudadanos de Hippozayta pretestando una alarma, hicieron subir á los trescientos hombres de Hannon á las murallas.

Y por sorpresa y cogiéndoles por los pies, les echaron al foso. Algunos que no murieron fueron perseguidos y se ahogaron en el mar. Utica tampoco quería dejar paso franco á los cartagineses, en cambio, se les envió vino con polvos de mandrágora y les degollaron durmiendo. Magdassar huyó al ver que los bárbaros se aproximaban; la ciudad habríales sus puertas, y desde entonces, sus dos nuevas aliadas les auxiliaron con toda eficacia.

Aquel abandono de la causa púnica era un consejo y un ejemplo. Las esperanzas de la libertad se reanimaron. Algunas tribus aún vacilantes se decidieron. Todo se conmovió. El sufeta lo supo y comprendió que estaba irrevocablemente perdido.

Despidió á Narr' Havas para que guardase los límites de su reino; en cuanto á él resolvió volver á Cartago para alistar nuevos soldados y emprender otra vez la guerra.

Los bárbaros establecidos en Hipposaryta vieron que su ejército bajaba la montaña.

¿Dónde iban los cartagineses? El hambre, sin duda, les empujaba, y querían librar una nueva batalla. No era eso; volvieron á la derecha; huían. Se les podía alcanzar y aplastarles. Los bárbaros se lanzaron en su persecución.

Los cartagineses se vieron detenidos por el río. Aquella vez ancho, y el viento del oeste no había soplado. Unos pasaron á nado, otros sobre sus escudos. Se pusieron de nuevo en marcha. Cerró la noche. Desaparecieron.

Los bárbaros no se detuvieron; atravesaron el río también. Acudieron los tunecinos y los de Utica. A cada paso aumentaba su número. Los cartagineses aplicando el oído al suelo, oían el ruido de sus pasos en las tinieblas. De cuando en cuando, para detenerlos, Barca hacía lanzar

una nube de flechas. Cuando amaneció ambos ejércitos estaban en las montañas de Ariana.

Entonces Matho, que marchaba á la cabeza, creyó distinguir en el horizonte algo verde en la cima de una eminencia. ¡Luego, el terreno se deprimió y aparecieron obeliscos, cúpulas y casas! Era Cartago. Se apoyó contra un árbol para no caer, pues su corazón latía con violencia.

Pensaba todo cuanto había ocurrido desde que por última vez pasó por allí. Luego, sintió alegría al pensar que volvería á ver á Salammbó. Todas las razones que tenía para execrarla acudieron á su memoria; pero las rechazó; tembloroso y con las pupilas dilatadas, miraba, más allá de Eschmun, la alta terraza de un palacio; una sonrisa de éxtasis iluminaba su rostro como si llegara hasta él alguna claridad excelsa; abría los brazos, enviaba besos á la brisa y murmuraba:

— ¡Ven! ¡ven!

Un suspiro dilató su pecho y dos gruesas lágrimas como perlas, cayeron de sus ojos.

— ¿Qué te detiene? — exclamó Spendio. — ¡Aprisa! ¡En marcha! El suffeta se nos escapará. Sus rodillas tiemblan y me miras como un hombre embriagado.

Pateaba de impaciencia; daba prisa á Matho y entornando los ojos, como al acercarse á una meta deseada:

— ¡Ah! ¡ya hemos llegado! ¡Hémos aquí! ¡Ya son míos!

Tenía el aspecto tan convencido y triunfante, que Matho sacudiendo su sopor, se sintió arrastrado. Saltó sobre uno de los camellos, le arrancó el ramal, y con la larga cuerda golpeaba á los rezagados; corría á derecha é izquierda á retaguardia del ejército, como un perro que hostiga á un rebaño. A su voz tonante las líneas se estrecharon, los despeados precipitaron el paso; al llegar al centro del istmo, la distancia disminuyó. Los primeros bárbaros, marchaban entre la polvareda levantada por los cartagineses. Los dos ejércitos se acercaban; iban á chocar.

Pero las puertas de Malqua y de Tevsste y la gran puer-

ta de Khamon abrieron sus hojas. El cuadro púnico se dividió; tres columnas se hundieron dentro de la ciudad, arremolinándose dajo las arcadas. La masa demasiado apretada no avanzaba, las lanzas se entrechocaban en el aire, y las flechas de los bárbaros se rompían contra las murallas.

En el umbral de Kahamon se vió á Hamílcar, volvióse y gritó á sus hombres que se apartaran. Bajó del caballo; y pinchándole con la espada le lanzó contra los bárbaros.

Era un caballo oringio que se alimentaba con bolitas de harina y que doblaba las rodillas para dejar subir á su dueño. ¿Por qué lo rechazaba? ¿Era un sacrificio?

El gran caballo galopaba entre las lanzas derribando los hombres y tropezando sus cascos con las entrañas, caía y luego, se levantaba dando saltos furiosos. Mientras se apartaban y trataban de detenerle ó le miraban sorprendidos, los cartagineses entraban en la ciudad; la enorme puerta se cerró detrás de ellos ruidosamente.

No cedió. Los bárbaros se estrellaron contra ella, los cartagineses, que tenían soldados en el acueducto, empezaron á tirar piedras balas, y vigas. Spendio aconsejó que no se obstinaran. Se alejaron algo, resueltos á sitiar á Cartago.

Entre tanto, el rumor de la guerra había salvado los confines del imperio púnico; y desde las columnas de Hércules hasta más allá de Cyrene, los pastores pensaban en ella guardando sus rebaños, y las caravanas hablaban de ella á la luz de las estrellas. ¡Aquella gran Cartago, dominadora de los mares, espléndida como un sol y espantosa como un dios, hallaba hombres que se atrevían á atacarla! Muchas veces se había dicho que estaba vencida y todos lo creyeron porque lo deseaban; pero aquella vez su pérdida parecía segura. Las poblaciones sometidas, las aldeas tributarias, las provincias aliadas, las hordas inde-

pendientes, todos los que la execraban por su tiranía ó envidiaban sus riquezas, ansiaban tomar parte en la guerra. Los más valientes se habían unido á los mercenarios. La derrota del Macar detuvo á los otros, pero ahora avanzaban decididos por las dunas de Clipea y en cuanto vieron á los bárbaros se dirigieron hacia ellos.

No eran sólo los libios de los alrededores de Cartago, sino los nómadas de la meseta de Barca, los bandidos del cabo Phisco, y del promontorio de Derné, los de Fazzana y de la Marmárica. Habían atravesado el desierto, bebiendo en los pozos salobres de paredes hechas con huesos de camello; los zuaeces, cubiertos de plumas de avestruz que llegaban en cuádrigas; los garamantos tapados con un velo negro, y sentados á mujeriegas sobre sus yeguas pintadas; otros, en burros, en onagros, en zebras, en búfalos; algunos arrastrando con sus familias y sus ídolos, el techo de sus cabañas en forma de chalupa. Había amonianos con los miembros arrugados por el agua de las fuentes termales; atarantos que maldicen el sol; trogloditas que entierran riendo sus muertos bajo el ramaje; los asquerosos auseanos que comen langostas; las akirmakidas que comen piojos, y los gysantes, embadurnados de bermellón que comen monos. Todos estaban alineados á la orilla del mar en línea recta. Se adelantaron luego como torbellinos de arena que levanta el viento. En mitad del istmo la multitud se detuvo, porque los mercenarios situados delante de ellos, cerca de las murallas, no querían moverse.

Luego, por el lado de la Ariana, aparecieron los hombres de occidente y el pueblo de los nómadas. Desentendiéndose de Narr' Havas que sólo gobernaba los masilianos, acudieron todos los cazadores del Malethut-Baal y del Garafo, tapados con pieles de león, y que guiaban con el asta de sus lanzas unos caballitos flacos de largas crines; luego venían los gétulos con corazas de piel de serpiente; después, los farusianos que llevaban altas coronas

formadas de cera y resina; los caunos, los macaros, los tilla-baros, que llevaban dos jabalinas y un escudo de cuero de hipopótamo. Se detuvieron cerca de las catacumbas, junto á las primeras charcas de la laguna.

Cuando los libios se movieron, se vió como una nube oscura rasara el suelo una muchedumbre incontable de negros. Los había del Harusch-blanco, del Harusch negro, del desierto de Angilos y hasta de la gran comarca de Agacymba, que está á cuatro meses al sur de los garamantos, y más allá todavía. A pesar de sus joyas de madera roja, la grasa de su piel negra les hacía parecer á moras caídas entre el polvo. Llevaban taparrabos de fibras de corteza de árboles, túnicas de yervas secas y pieles en la cabeza. A guisa de estandartes en el extremo de un palo blandían colas de vaca.

Después detrás de los nómadas los marusianos y los gétulos, se amontonaban los hombres amarillentos que viven más allá de Taggir en los bosques de cedros. Llevaban á la espalda carcajes de piel de gato y sujetaban perros enormes, tan altos como pollinos, que no ladraban.

La confusión de armas no era menor que la de los trajes y la de los pueblos.

Un movimiento continuo agitaba aquella multitud. Dromedarios alquitranados como navíos, derribaban á las mujeres que llevaban á sus hijos sobre las caderas. Se derramaban las provisiones de las banastas. Al caminar se eplastaban trozos de sal, paquetes de goma, dátiles podridos, nueces de gurú; y á veces se veía sobre pechos cubiertos de pobredumbre, colgado de algún delgado cordón algún diamante que habían buscado los sátrapas, una piedra casi fabulosa que bastaba para comprar un imperio.

La mayoría de ellos no sabía siquiera lo que deseaba. Una fascinación, una curiosidad invencible les aguijoneaban; los nómadas que no habían visto ninguna ciudad se asustaban al contemplar la sombra de sus murallas.

El istmo desaparecía bajo aquella muchedumbre in-

mensa, y aquella larga superficie en que las tiendas sobresalían como de entre las aguas de una inundación, llegaba hasta las primeras líneas de los otros bárbaros, cubiertos de hierro y situados simétricamente á los dos lados del acueducto.

Los cartagineses, aún asustados por la aparición de todas aquellas tribus bárbaras, vieron llegar hacia ellos una especie de monstruos con sus mástiles, sus brazos, sus articulaciones, sus capiteles y sus conchas; eran las máquinas de sitio que enviaban las ciudades tirias: sesenta balistas, ochenta onagros, treinta escorpiones, cincuenta tolenones, doce arietes y tres gigantescas catapultas que lanzaban peñascos enormes.

Pero faltaban muchos días aún para terminar los preparativos del sitio. Los mercenarios, aleccionados por sus derrotas, no querían reñir combates inútiles y por otra parte no tenían prisa alguna, sabiendo que la lucha sería terrible y que acabaría con una victoria ó con exterminio completo.

Cartago podía resistir largo tiempo. Sus anchas murallas ofrecían una serie de ángulos entrantes y salientes propios para rechazar con éxito los asaltos.

Spendio tenía un proyecto y se decidió á realizarlo.

La guerra le había impedido cumplirlo; y desde que había vuelto junto á Cartago, parecíale que los habitantes sospechaban su empresa. Pero bien pronto disminuyeron los centinelas del acueducto; era preciso mucha gente para la defensa del recinto.

Durante muchos días el esclavo se adiestró en el tiro del arco. Una noche en que la luna brillaba, rogó á Matho que á media noche encendiese una hoguera de paja y al mismo tiempo todos los hombres lanzaran grandes clamores; tomando por compañero á Zaxas, fué por la orilla del golfo en dirección á Túnez.

Al llegar cerca de las últimas arcadas, se acercaron al acueducto; y adelantaron arrastrándose hasta la base de

los pilares. Los centinelas de la plataforma se paseaban tranquilamente.

Brillaron altas llamas; resonaron los clarines, y los soldados que estaban de centinela, pensando que se daba un asalto, se precipitaron hacia Cartago.

Sólo un hombre permaneció en su puesto, se destacaba sobre el fondo del cielo. La luna le iluminaba por la espalda, y su sombra desmesurada parecía en la llanura un obelisco en marcha.

Esperaron que estuviese en frente de ellos. Zaxas cogió su honda, pero bien por prudencia ó por ferocidad, Spendio le detuvo.

—No, el silbido de la bala haría ruido. ¡A mí!

Entonces tendió su arco con todas sus fuerzas, apuntó y partió la flecha.

El hombre no cayó; desapareció.

—Si estuviese herido, le oiríamos,—dijo Spendio; y sobrevió vivamente de piso en piso como había hecho la primera vez, con auxilio de una cuerda y de un arpón.

Cuando estuvo en lo alto cerca del cadáver, soltó un extremo de la cuerda. El balaear ató á ella un pico y una barra de hierro y se volvió.

Las trompetas no resonaban ya. Todo estaba tranquilo. Spendio había levantado una de las losas, entró en el agua y cerró la abertura.

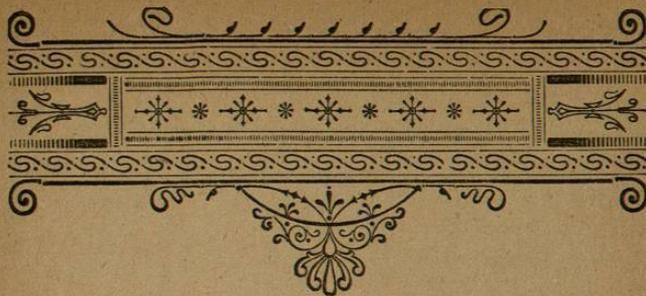
Calculando la distancia por el número de sus pasos, llegó hasta el sitio en que había visto una hendidura oblicua; y durante tres horas, hasta la madrugada, trabajó de una manera continua, furiosa, respirando apenas por los intersticios de las losas superiores, asaltado por tremendas angustias, y creyendo morir á cada instante; por fin se oyó un crujido; una piedra enorme, rebotando por los arcos inferiores llegó hasta el suelo, y de repente, una catarata, un río cayó desde el cielo á la llanura. El acueducto, cortado por el centro, se derramaba. Era la muerte para Cartago y la victoria para los bárbaros.

En un instante los cartagineses, despertando, aparecieron sobre las murallas, sobre las casas, sobre los templos. Los bárbaros se empujaban, gritaban, bailaban delirantes alrededor de la gran caída de agua, y locos de contento, mojaban la cabeza en el chorro.

Se vió en lo alto del acueducto un hombre con una túnica oscura desgarrada; permanecía inclinado en el borde con las manos en las caderas y miraba hacia abajo como admirado de su obra.

Luego se irguió. Recorrió el horizonte con mirada dominadora que parecía decir: «¡Ahora todo esto es mío!

Estallaron grandes aplausos entre los bárbaros. Los cartagineses, comprendiendo por fin su desastre, lanzaban alaridos desesperados. Entonces se puso á correr por la plataforma de un extremo á otro, y como un conductor de carro triunfante en los juegos olímpicos, Spendio, embriagado de orgullo, levantaba los brazos.



XIII

Moloch



Los bárbaros no tenían necesidad de circunvalar Cartago por el lado de Africa, pues ésta les pertenecía. Pero para hacer más fácil el aproche de las murallas, se derribó una trinchera que había junto al foso. Después, Matho dividió su ejército en grandes semicírculos para envolver mejor á Cartago. Los hoplitas de los Mercenarios se colocaron en primera línea, detrás de ellos, honderos y jinetes; á retaguardia los bagajes, carros y caballos, y delante de toda esta muchedumbre, á trescientos pasos de las torres se levantaban las máquinas de guerra.